

Heredia: iniciador de caminos

«Los cubanos nos salimos de la isla o de nosotros mismos».

RAMÓN FERNÁNDEZ LARREA

Alejandro González Acosta

ACABA DE APARECER LA PRIMERA NOVELA NO POLICIAL de Leonardo Padura, en sendas ediciones cubana (Unión) y española (Tusquets)¹, titulada *La novela de mi vida*, la cual en gran parte se mueve alrededor de la existencia del poeta cubano exiliado José María Heredia (1803-1839), en el umbral —el próximo año 2003— del bicentenario de su natalicio. Y no sólo es oportuna debido a esta circunstancia coyuntural, sino por otros motivos que explicará su lectura.

El título de su novela lo toma Padura del propio Heredia, quien en dos ocasiones utiliza esa frase² para representar su agitada existencia, y con ella el novelista exorna las partes en que divide su obra: «El mar y los regresos» y «Los destierros». A través de la narración alternan tres discursos o planos: uno, del propio Heredia; otro, del protagonista contemporáneo Fernando Terry; y otro más, con voces diversas —el hijo de Heredia, José de Jesús y varios masones involucrados en el paradero de unos papeles extraviados— pero siempre sobre el asunto de «la novela perdida de Heredia». Y es que Padura asumió *literalmente* la expresión herediana para concebir un relato autobiográfico donde el

¹ Me dicen también que apareció antes en una edición dominicana, pero no he podido conseguirla.

² «¿Por qué no acabo de despertar de mi sueño? / ¡Oh!, ¿cuándo acabará la novela de mi vida / para que empiece su realidad?» (17 de junio de 1824) y «...ya es tiempo de que acabe la novela de mi vida para que empiece su realidad» (20 de mayo de 1827).

Cantor del Niágara hacía una confesión de su intimidad y ajustaba cuentas con muchos personajes de su época. El motivo, pues, de la acción que desarrolla el protagonista más cercano a nosotros, es la pesquisa de esa «novela» escrita por Heredia y en cuanto a ello, esta obra reproduce un antiguo tópico literario, el de *la búsqueda de la joya*, situación dramática clásica, que nos viene por ejemplo desde aquel remoto «Descenso de Ishtar a los infiernos» de la epopeya *Gilgamesh*, atraviesa toda la tradición literaria medieval de la empecinada persecución del Santo Grial, pasa por el mismo *Don Quijote* obsesionado con hallar a su Dulcinea del Toboso, y llega a nuestra contemporaneidad con Umberto Eco y *El nombre de la rosa* y Arturo Pérez Reverte con *El club Dumas*; y también, en especial dentro de la cubana, con lo que resulta ser una obsesión temática de lo que llamo la *literatura de la delación y la cárcel*, que va desde *El presidio político en Cuba*, de José Martí; pasa por *El acoso*, de Alejo Carpentier; atraviesa *Las iniciales de la tierra*, de Jesús Díaz; la aún inédita *Todo el mundo canta*, de Rafael E. Saumell; y encaja en el *Informe contra mí mismo*, de Eliseo Alberto Diego. Tal parece que aquella triste queja profética del primer protointelectual cubano, el maestro criollo Miguel Velázquez expresada en una carta del 18 de febrero de 1547 al obispo Sarmiento («¡Triste tierra, como tierra tiranizada y de señorío»), marca una constante histórica y literaria nacional.

La obra habla de una novela ocultada y esa es también una antigua tradición cubana: *el borrado de la historia*. Orwelianamente, los vencedores escriben su versión de los hechos, y según recuerdo me dijo en alguna oportunidad Luis Rogelio Noguerras, lo peor de morir es que uno queda indefenso³. Mi viejo maestro de literatura en el Instituto de La Habana, Hilario Lamadrid, me contaba que alguna vez siendo aún muy joven fue a visitar a Juan Gualberto Gómez y lo encontró quemando amarillentos papeles autógrafos de numerosos próceres cubanos; al preguntarle por qué hacía eso, le respondió: «Cuando ustedes crezcan necesitarán creer en alguien». Y qué decir de las famosas páginas arrancadas del *Diario de campaña de Cabo Haitiano a Dos Ríos* —las cuales muchos suponen fueron sustraídas nada menos que por el mismo Máximo Gómez— después de la ríspida entrevista de «La Mejorana», mutilación que tanto obsesionaba a Lezama Lima, quien hasta en sueños quiso averiguar el contenido de ese capítulo hurtado a la historia cubana⁴.

³ Y hasta sin morir: recuérdese ese episodio que podría decirse picaresco si no fuera tan terrible del *Retrato en familia con Fidel Castro*, de Carlos Franqui, *borrado* literalmente de un documento gráfico que podría pensarse inalterable como una fotografía. Los totalitarismos, de Stalin para acá, han ido perfeccionando sus procedimientos.

⁴ Contaba Lezama en una oportunidad que José Martí se le apareció mientras dormía y en su sueño le preguntaba qué quería saber de él. El poeta de Trocadero le dijo: «Maestro: ¿qué decían esas páginas del *Diario*?» Y entonces vio cómo Martí iba a responder... Hacía una larga pausa mientras se mecía en su sillón y cuando el interlocutor ya en ascuas le urgía para saber en qué paraba aquello, Lezama se detenía y con su vozarrón asmático respondía: «Entonces, mi joven amigo, ¡me desperté!». Fuera o no una de las conocidas bromas lezamianas, al menos esto indica su preocupación por el contenido de esos papeles, unos de tantos escamoteados a nuestra historia, ya sea por descuido o aviesa intención.

Padura, creador del rudo y truhanesco policía Mario Conde, no puede negar la cruz de su parroquia y aunque la intención de esta novela es otra⁵, hay elementos detectivescos en ella, como la pesquisa que realiza Terry en dos líneas de investigación: encontrar los papeles perdidos del poeta romántico y averiguar quién lo delató a la Seguridad del Estado, lo cual le costó su expulsión de la Universidad donde trabajaba, la ruina de su vida y el exilio, de forma muy similar a Heredia. Esta coincidencia entre las historias de ambos es uno de los tantos cómplices guiños al lector que hace el novelista, y así la obra debe leerse oblicuamente, pues está repleta de alusiones que llevan al convencimiento de un terrible parecido entre la Cuba del Capitán General Miguel Tacón y la del Coma Andante en Jefe Fidel Castro.

El exilio es, después del conocimiento y el amor, una de las más antiguas experiencias de la humanidad. Aquellos padres originales, Adán y Eva, conocen, aman y son expulsados. Sin embargo, el concepto de exilio o destierro como tal sólo surge con el sentido de patria, ya sea ésta país, ciudad o tribu. José, hijo de Jacob, es extrañado por sus hermanos, que lo venden y a pesar de eso triunfa en el destierro de su casa, familia y clan. La lección de José, cuando salva a sus hermanos, está no en el olvido sino en el perdón. Tampoco es casual que otro libro de Eliseo Alberto se titule *La fábula de José*, en clara alusión a este personaje arquetípico para los cubanos por su historia y cultura. Y es que Cuba, además, unamunianamente y quizá como parte de su rica herencia española, es país de Caínes, donde el hermano suele traicionar al hermano: Abel Sánchez vive entre nosotros con diferentes rostros. Heredia y Delmonte, en la visión del novelista, son una pareja de hermanos fraticidas: lejos de los Orestes y Píldes, Damón y Pitias, son amigos de los cuales uno traiciona al otro, lo vende. Y a Terry, durante gran parte de su vida, lo atormenta la idea de haber sido delatado por un amigo, como Heredia lo fue por Delmonte (según la versión de Padura). El primer síntoma de esto que llamo el *síndrome de los hermanos de José* es la descalificación del semejante y que viene también de una añeja costumbre traducida en epítetos: filisteos, intocables, parias, ilotas, metecos, gentiles, herejes, bárbaros, circuncisos, infieles, esquiroles, cipayos, colaboracionistas, mazorqueros, salvajes y cochinos unitarios, ñángaras, gusanos, escoria... En resumen: no-personas. Y aún más: *la anulación del otro*. Con el agravante ocasional de poder ser los ñángaras de ayer la escoria de después.

Fernando Terry es otro Heredia, un exiliado del Paraíso. Nacer es ya el primer exilio que sufre el hombre, del seno materno, de la placenta protectora, lo cual le aboca al enfrentamiento desnudo de la vida. Como su antepasado en la experiencia del destierro, Fernando está cargado de culpas, odios y rencores. De alguna forma es una proyección especular del propio Heredia, enlazando dos épocas diferentes pero muy similares. Las tiranías, además de oprimir, crean un progresivo estado de envilecimiento entre sus sometidos y

⁵ En la contraportada de la edición cubana que utilizo, el crítico Jorge Luis Arcos no duda en calificarla como «la novela más ambiciosa que ha escrito Padura».

de ahí una consecuencia ética: la degradación moral que propicia ese horripilante infierno del «bosque de ojos» de *Alice in Wonderland*,⁶ de tal suerte que todos se convierten en perseguidos y perseguidores al mismo tiempo por la amenaza latente de ser denunciado si no se denuncia antes. Los estados policiales —el de Castro es un ejemplo clásico que rebasa con mucho el de Tacón— se cimientan sobre el miedo más que en la misma represión. La violencia no enmudece al escritor, sólo promueve que su discurso se haga críptico y alusivo para evadir el control de la censura, y los riesgos que entraña, y así configurar textos en los cuales el creador se proyecta sobre sus personajes a través de formas encubiertas. Heredia y Terry en la novela son voces y escudos de Padura. Además, como previsible y necesario recurso de protección, el escritor siempre puede responder que se trata de la lectura del crítico y no la suya personal... Algunos ejemplos donde la referencialidad actual es ostensible pueden ser estos:

Cuando Varela advierte a Heredia:

«...Pero llegará un día en que lo querrán utilizar, querrán comprar sus versos y su inteligencia, porque los déspotas, que siempre desprecian la poesía, saben que vale más un poeta servil que un poeta muerto, y los versos pueden dar lustre a las aristas terribles de las tiranías...»⁷

O en esta otra:

«...Tal era mi ingenuidad como para pensar que un tirano es capaz de hacer cambios que socaven su poder y aflojen las ataduras con las cuales mantiene amordazados a los pueblos...»⁸

O aún esta otra:

«...No importa que haya miles de hombres esclavizados, que otros se estén muriendo de hambre, que las mujeres se prostituyan; todo vale si se quiere conservar el poder...»⁹

O esta todavía:

«...la fiebre del poder, las ansias de gloria, el deseo de trascendencia podían engendrar la traición de los ideales y las causas más justas, y la autoproclamación

⁶ Dice Heredia en la novela: «...¿Cuál sería el futuro traidor en un país donde cada acto secreto engendra una delación?» (p. 161).

⁷ p. 55. Cualquier coincidencia con «el caso Padilla» no es casual.

⁸ p. 82. Advertencia para los que creen en posibles cambios en la Cuba de Castro, incluido el «Proyecto Varela».

⁹ p. 112. Una radiografía de la situación actual en la isla.

imperial de Iturbide apenas sería la primera de las muchas tiranías que deberíamos de sufrir los nuevos pueblos hispanoamericanos, y siempre en nombre del vilipendiado bien común y del mejor destino de la patria.»¹⁰

O también:

«...La nostalgia del desterrado se fue cebando en mí, marcando cada acto de mi vida y muchos de mis pensamientos, y comprendí la crueldad de un castigo tan repetidamente practicado por los que funcionan como dueños de patrias y destinos, y se arrogan el derecho de decidir la vida de quienes disienten de ellos.»¹¹

La idea se reitera más adelante:

«Yo no sé si en el futuro otros hombres sufrirán igual condena que la mía y vivirán por años como desterrados, siempre añorando la patria, eternamente extranjeros, lejos de la familia y los amigos, con mil historias inconclusas y perdidas a las espaldas, hablando lenguas extrañas y muriendo de deseos de volver: si así fuere, desde mi lecho de muerte los compadezco, pues padecerán el más cruel de los castigos que pueden prodigar quienes, desde el poder, ejercen como dueños de la patria y el destino de sus ciudadanos.»¹²

La manipulación de la cultura como instrumento político propuesta por el maquiavélico Delmonte en la visión del novelista, se resume en lo que hoy podría ser un programa digno del Ministerio de Cultura cubano:

«Está usando las tertulias que hace en su casa para lanzarse en su proyecto. Ha puesto a escribir a todos y ha repartido los papeles. Unos van a rescatar a los indios cubanos para tener un pasado anterior a los españoles; otros escriben de los campesinos para inventar una tradición; otros, de los horrores de la esclavitud para crear una moral antiesclavista; otros sobre las costumbres de La Habana para crear el espíritu de una ciudad; otros sobre la historia para demostrar que somos distintos a España... Cuando todo eso exista se podrá inventar la imagen de un país y hasta se podrá prescindir de tus versos... Pero nada de eso es lo peor. Porque además de crear ese país, lo van a subir sobre el pedestal de una mentira.»¹³

¹⁰ p. 147. Recuérdese aquello de «Una revolución más verde que las palmas...»

¹¹ p. 253. ¿Aludirá al providencialismo catastrofista y apocalíptico del Comandantísimo en Jefe?

¹² p. 326. Al final de esta misma página, dice el novelista: «...tal como suele suceder en épocas de terror, los amigos cubanos temieron que su correspondencia, dirigida a mi nombre, les fuera interceptada...» Otro rasgo más que acerca la Cuba de Tacón con la de Castro.

¹³ p. 356.

La descripción de Tacón:

«...De él, como suele ocurrir, se contaban historias y leyendas tan típicas de los personajes de su especie que casi no vale la pena anotar: desde que podía vivir sin dormir, trabajando noches enteras, hasta que poseía una memoria insólita y severa para recordar cada orden o deseo. De igual modo se hablaba de su potencia sexual, de sus iras incontenibles, y de su paranoia de orden y poder, así como su amor a los uniformes y los grados, de los que no se despojaba nunca.»¹⁴

Mucho de la trama de la novela recuerda su influencia romántica (no en balde se inspira en Heredia): por ejemplo, los enredos amorosos provocan pater-nidades súbitamente develadas, recurso muy empleado en la novela folletinesca decimonónica, a la cual Padura reconoce una gran deuda pues cada uno de las interpolaciones de los planos narrativos son como episodios de entregas sucesivas.

Ya sea el Grupo Delmontino o Los Socarrones, a través de dos épocas, el novelista realiza su homenaje personal a un componente —casi una institución— que ha venido siempre emparejado con el desarrollo de la cultura cubana, la tertulia, la cual se construye sobre dos de las más notorias capacidades del cubano: la incontenible locuacidad y la invencible inclinación gregaria. Algo que desde otras culturas llama mucho la atención en la cubana es, por ejemplo, ese espectáculo acrobático y estremecedor de ver a un grupo de cubanos hablando todos al mismo tiempo, mientras se columpian en sus sillones con acampanados giros.

El viaje es también otro de los motivos literarios que ayudan a formar el paralelismo de las historias de Heredia y Terry: como Ulises, ellos se alejan de su isla y sueñan con un eterno regreso a su Ítaca, pero ya no el paraíso del que fueron expulsados sino un infierno incomprensible —«ese sitio de todos tan temido»— que le cierra las puertas. Quien se aleja (y eso lo saben muy bien los exiliados), deja atrás una historia que sigue sin él y aún en el hipotético caso de un retorno, la imagen mental del recuerdo conservado en la memoria ya no tiene nada que ver con la imagen real, que ha seguido sus propias leyes evolutivas¹⁵. La verdadera conciencia del exilio se produce precisamente en ese momento cuando el regreso puede ser sólo físico pero no espiritual: «Ser

¹⁴ pp. 376-377. Esta imagen lo mismo puede cuadrar a Fidel Castro, que a Rafael Leónidas Trujillo en esa espléndida novela antidictatorial de Mario Vargas Llosa, *La fiesta del chivo*, especímenes ambos de una nutrida fauna latinoamericana. Poco antes, el escritor menciona «esa manía de los tiranos de hacer acompañar sus nombres con tan ridículos epítetos que pregonan cuán poderosos son»: Comandante en Jefe, Presidente del Consejo de Estado y de Ministros, Presidente de la República, Secretario General del Partido Comunista de Cuba...

¹⁵ Dice Heredia en la novela: «...Y en ese instante comprendí que había dejado de ser un exiliado para convertirme en un desterrado» (p. 244). Y más adelante: «...La ciudad que tanto y tan bien conocía empezaba a escaparse de mis viejas referencias, a hurtarme las nostalgias y a advertirme de mi condición de forastero, casi extranjero en tierra propia. Pero su olor invencible vino en mi ayuda, para recordarme que hay cosas tan verdaderas que ni el poder de los dictadores logran cambiar» (p. 349).

siempre un hombre de paso hacia otro destino», como se define el propio Terry. Todas las búsquedas particulares emprendidas (ya sea la Casa materna, la Azotea entrañable para todo cubano, la Calle, la Escuela) son sitios definitiva e irremediamente extraños, que dejaron escapar su atmósfera mágica al faltar el velador. El regreso siempre es imposible. Dice un adagio yoruba que «Cuando no sepas a dónde vas, vuelve la mirada para ver de dónde vienes». Y esto es cierto sólo en parte, porque mirar hacia atrás constantemente impide mirar hacia delante y descubrir nuevos horizontes. Ítaca, como en un poema memorable de Constantino Kavafis, no puede dar más de lo que ya dio.

Tres discursos narrativos van entrelazándose en la obra y son otras tantas visiones espaciadas en el tiempo: una, la de Heredia, durante el siglo XIX; otra, la de Terry, en la Cuba contemporánea; y otra, que de alguna forma enlaza las anteriores, la de los papeles autobiográficos de Heredia, a través de diversos conductores (su hijo José de Jesús y los diferentes depositarios de «la novela de su vida»). Hay momentos especialmente logrados en la obra: uno de los más memorables para mí es la descripción de la visita del poeta a las cataratas del Niágara. Padura ha captado con precisión el estilo de Heredia y a partir del hecho que se trata de una obra de ficción sobre un personaje histórico, crea situaciones ficticias pero con cierta verosimilitud: si no fueron ciertas, resultan al menos muy probables en algunos casos. El personaje de Fernando Terry, aunque es producto de la imaginación del novelista, está amasado con partes de seres reales, muchos de ellos identificables entre los miembros de las actuales generaciones, con nombres y apellidos...

La novela histórica moderna tiene dos modelos inaugurales: por un lado, el establecido por Walter Scott (un personaje ficticio en circunstancias históricas; *Waverley*, por ejemplo) y del otro, Alfred D'Vigny (el protagonista real dentro de un escenario histórico; v.gr. *Cinq Mars*). Cuando Heredia escribe *Jicoténcal* se inclina más por el modelo francés, interesado en *crear caracteres*¹⁶

¹⁶ Así creo demostrarlo en mi libro *El enigma de Jicoténcal* (México, UNAM, 1997), donde analizo además el texto íntegro del ensayo «Sobre la novela» publicado por Heredia en su revista *Miscelánea*, en el cual se refiere con términos bastante críticos a Walter Scott. Aprecio con satisfacción que Padura asume mi tesis de la autoría de Heredia de esta novela, en dos ocasiones en su obra: «...También hizo desaparecer una misiva dirigida al padre Félix Varela, pero devuelta por el correo al no hallar a su destinatario, en la que le agradecía sus gestiones para publicar en Filadelfia su novela *Jicoténcal*, la cual debía aparecer sin el nombre del autor, pues Heredia la consideraba literariamente fallida. Con la destrucción de aquella carta, José de Jesús había hecho desaparecer la única evidencia que conectaba a su padre con la autoría de una novela que, desde hacía cien años, intrigaba a los estudiosos, quienes habían llegado, incluso, a atribuirla al propio Varela» (pp. 36-37). Y más adelante: «...Fue por eso que me empeñé en concluir, en largas jornadas de escritura, la novela *Jicoténcal*, sobre cuya paternidad siempre guardé el más rígido silencio pues nunca me satisfito como obra literaria. Sólo Varela, con quien hablé la idea en Nueva York, sabía de mis intenciones de escribir el relato novelado de la vida del héroe indígena, cuya leyenda había conocido en mis primeros años mexicanos y que, algún tiempo atrás, traté de convertir en un drama. Luego de comenzar y abandonar varias veces aquella obra, decidí retomarla y a finales de 1826 se imprimió en Filadelfia la novela *Jicoténcal*, obra imperfecta, lo sé, pero que se alza con el mérito de ser la primera novela de carácter histórico escrita en castellano» (pp. 270-271). No debe olvidarse que además de narrador, Padura es crítico literario informado y sagaz, como demostró, por ejemplo, en su libro de ensayo *Con la pluma y con la espada*, sobre el «Inca» Garcilaso de la Vega.

para proponer como modélicos a la juventud lectora. Y la novela de Padura adopta indistintamente esos esquemas en sus tres planos narrativos: el del escocés en los relatos de Terry y de José de Jesús, y el del francés en el del mismo Heredia, lo cual presenta a nuestro modo de ver una cuestión seria y delicada: si bien es cierto que la imaginación tiene sus propias prerrogativas y que estamos hablando de una novela —obra de ficción de punta a cabo— no es válido a título de esa ficcionalidad incluir y proponer como *histórica* la visión del autor sobre las entretelas de la historia nacional, en especial la figura de Domingo Delmonte¹⁷, pero también otras de la época, además de por lo grave de las acusaciones de convertirlo en un traidor, desconociendo su peso fundamental en la evolución histórica cubana, sino porque a través de una lectura esquemática y empobrecedora del siglo XIX cubano se está induciendo y propiciando implícitamente la legitimación de un discurso autoritario y dictatorial como parte consustancial de la esencia insular¹⁸: llevado hasta sus últimas consecuencias, se trata nada menos que de condenar Cuba a un estado eterno de represión. La simplificación un tanto maniquea que el autor realiza del complejísimo panorama insular decimonónico, apunta quizá en el sentido de proponer una interpretación histórica la cual puede darse la mano alborozadamente con la versión oficial castrista y de sus epígonos, quienes echan a un lado —poseedores de la verdad absoluta— todos los esfuerzos para la definición de un perfil propio de las generaciones liberales, autonómicas y reformistas, entre varias otras, para levantar así el pedestal marmóreo que el propio Castro resumió en 1968 con la estremecedoramente lapidaria frase: «Ellos hoy habrían sido como nosotros; nosotros, ayer, habríamos sido como ellos». Lo que se dice una apropiación *hereditaria* de la historia nacional y por tanto, la absolución completa del presente represivo. He ahí donde veo uno de los aspectos más arduos y espinosos en esta novela, que al menos en uno de sus planos parece pretenderse como rigurosamente histórica.

Aplicando quizá la enseñanza de su admirada Agatha Christie en *El asesinato de Roger Akroyd*, Padura plantea la búsqueda de algo que es evidente desde el principio para el lector: «la novela de la vida» de Heredia se desarrolla al mismo tiempo que las otras tramas que tratan de su destino y su encuentro. Sin embargo eso no resta interés a la obra, pues el lector se siente intrigado en averiguar previsiblemente cómo se unirán las tres historias.

¹⁷ Un punto de vista, documentado y serio, que puede brindar luz sobre el tema es el de Antonio Benítez Rojo: «¿Cómo narrar la nación?: el círculo de Domingo Delmonte y el surgimiento de la novela cubana» (*Cuadernos Americanos*, Nva. ép., v. III, N° 45, mayo-junio de 1994, pp.102-123).

¹⁸ Dice el doctor Hernández a Heredia: «...Fui un iluso al creer que este país era capaz de revertir su destino. Pero no tiene remedio, y no lo tendrá en mucho tiempo, quizás no lo tenga nunca. Un país que prefiere una tiranía a enfrentar los riesgos que sean, se merece todas las tiranías» (p. 188). Poco antes el autor hace decir a Heredia: «...Domingo, Silvestre, Sanfeliú y yo teníamos opiniones políticas similares pero distintas, en clara señal de que, definitivamente, ya éramos cubanos: porque nada en el mundo lograría ponernos de acuerdo, salvo que uno de nosotros se erigiera en dictador...» (p. 129).

Una novela sobre Heredia y sobre el exilio escrita por un cubano en la isla, es necesariamente una obra que exige una lectura oblicua. Heredia no es sólo el creador de los símbolos patrios (la estrella solitaria en la bandera y la palma real en el escudo), pues no es únicamente en este campo nacional donde resulta pionero: es uno de los primeros escritores cubanos desterrados y el iniciador de las relaciones culturales entre Hispanoamérica y los Estados Unidos, con su oda al «Niágara», y también en sentido inverso, pues su traductor William Cullen Bryant es quien comienza la relación literaria de Estados Unidos con Latinoamérica¹⁹, punto esencial que suele ignorarse con grave perjuicio para los estudios culturológicos del hemisferio. La importante etapa formativa de Heredia durante sus años en la Unión Americana ha recibido escasa atención de la crítica especializada y suele pasarse por ella como si se tratara de un simple tránsito intrascendente, lo cual se refleja en esta novela, cuando en realidad fue todo lo contrario y fundamental en su percepción latinoamericanista.²⁰

Heredia es un iniciador de caminos: entre ellos, el destierro para los intelectuales cubanos. Padura recuerda que la edición de sus *Poesías* de 1825 circuló en Cuba convenientemente podada de los poemas políticos que pudieran ocasionar su censura y prohibición por las autoridades. Esa es también una de las tradiciones que Heredia inició: la autocensura en Cuba para evadir la represión de la tiranía y que se mantiene hoy aún, pues «hay ciertas fidelidades» las cuales así lo aconsejan, según creo percibir dice con ironía el autor... El propio Heredia en la novela se asume como precursor de esta práctica insular en situaciones de represión²¹, así como la de aparecer firmando cartas y manifiestos que nunca suscribió, procedimiento típico de la inefable Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba...

La novela está respaldada por una investigación histórica, así como la asesoría de diversos especialistas; sin embargo, y aunque ello no resta calidad a la narración, hay algunas costuras que resultaron flojas y que en una novela del tipo de ésta conviene quizá señalar para su enmienda: por ejemplo, el autor confunde el Panteón del Santuario de María Santísima de los Ángeles y el Panteón de Santa Paula, sitios de sucesivo enterramiento de Heredia²², como

¹⁹ Vid. Héctor H. Orjuela, *Imagen de los Estados Unidos en la poesía de Hispanoamérica* (México, UNAM, 1980) y del mismo, *Revaloración de una vieja polémica literaria: William Cullen Bryant y la oda 'Niágara' de José María Heredia* (Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1964).

²⁰ El único que se ha ocupado del punto, muy provechosamente, es Ernest R. Moore: «José María Heredia in New York, 1824-1825» (*Symposium*, v. V, N° 2, noviembre de 1951, pp. 256-291).

²¹ «... Al aceptar aquella castración, tan inevitable como definitivamente cruel, estaba yo iniciando — otra vez era el iniciador— la triste modalidad de la censura en la literatura cubana, aunque presentía que mi ejemplo iba a tener, a lo largo de los años, muchos seguidores» (p. 256). «...me hacían aparecer como firmante de una declaración sediciosa, con lo cual quizás inauguraba yo otra costumbre cubana: la de que alguien figure como firmante de una declaración que jamás ha visto» (p.267).

²² El destino de los restos de Heredia es ciertamente trágico: los huesos del escritor, primer Poeta Nacional cubano, fundador del Romanticismo en Hispanoamérica y prócer independentista, fueron trasladados de uno a otro lado y, según Manuel García Garófalo-Mesa (*Vida de José María Heredia en México*, México, Ediciones Botas, 1945), terminaron «arrojados en la fosa común del

si fueran uno solo cuando el realidad fueron dos diferentes; tampoco es cierto que en la prensa mexicana no se publicara ni «una sola esquila mortuoria»: aunque un poco tardíamente, el 4 de julio de 1839, un colega de Heredia, Ignacio Sierra y Rosso, publica en el *Diario del Gobierno de la República Mexicana* (Tomo XIV, N° 1596), un artículo bastante extenso dedicado a su desaparecido amigo (de hecho fue terminado de escribir el 25 de mayo de ese año, apenas 18 días después del óbito del poeta). No terminaría ese año sin otro homenaje en México, aunque proveniente de Cuba: la publicación el 29 de septiembre en el mismo periódico de un poema, «En la prematura muerte del ilustre poeta cubano Don José María Heredia», firmado con el seudónimo «Desval» (Ignacio Valdés Machuca). Apenas nueve días antes, el 20 de septiembre, el *Diario* había publicado «La malva azul»²³, un extenso poema de Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido*²⁴, donde Heredia aparece como «Fileno» y sus amigos más cercanos como «Delio»²⁵ y el mismo «Desval». No debe olvidarse, para contradecir la imagen de Domingo Delmonte como traidor propuesta por esta novela en discrepancia con la realidad histórica, que éste fue visto con recelo por las autoridades españolas entre otras razones debido a su amistad con el cónsul inglés David Turnbull, y que cuando en 1845 solicita al Capitán General O'Donnell permiso para regresar a Cuba, éste hace oídos sordos de su pedido. Mal compagina esto con una pretendida condición de delator.

Otros deslices históricos de la novela son, por ejemplo, la declaración de que la «trata de esclavos había convertido a los negros y mulatos en la mayoría de la población del país» (p. 27) (los censos coloniales lo niegan documentadamente); el nombre del capitán de la goleta «Chasseur» que trae el poeta a Alvarado no era Claudell, sino Tomás Boyles (creo no hay necesidad de

Panteón del Tepeyac». Sin embargo, he podido comprobar que nunca hubo una fosa común en este camposanto, el cual era de lujo y por tanto no contaba con este último descanso para los menos afortunados. Después de una extensa investigación de varios años, puedo anunciar que *ya conozco el paradero de los restos de Heredia*, pero me reservo la noticia completa del hallazgo hasta el día que puedan ser llevados a una Cuba democrática. Creo que no otro sería el deseo del poeta, Cantor de la Libertad, de descansar finalmente en su tierra ya libre de tiranos.

²³ Detalle revelador: aunque Heredia estaba proscrito en Cuba por el gobierno español, este poema se publica en la isla en *La Aurora de Matanzas* y en *La Gaceta de Puerto Príncipe*. La misma Gertrudis Gómez de Avellaneda escribe en 1840 un poema «A la muerte del célebre poeta cubano Don José María Heredia» que se publica en España. A pesar de la represión de Tacón, a Heredia le tocó mejor suerte, por ejemplo, que a Reinaldo Arenas, Heberto Padilla o Jesús Díaz en nuestros tiempos. No puede olvidarse que en 1976, cuando murió Lezama Lima, sólo apareció una ínfima nota en el oficialísimo *Granma*, perdida en alguna de sus plúmbeas y triunfalistas páginas dando cuenta escuetísima de su muerte...

²⁴ Debe recordarse que *Plácido* fue quien delató a Domingo Delmonte ante las autoridades españolas cuando el proceso por la Conspiración «de la Escalera» (así lo consigna Padura en su «Noticia histórica»), por lo cual tuvo que huir de Cuba y radicarse en Filadelfia y más tarde en París y Madrid.

²⁵ Quizá alude a Domingo Delmonte, aunque no es ninguno de los seudónimos que utilizó, registrados en el *Diccionario de la literatura cubana* (La Habana, Letras Cubanas, 1980).

inventar identidades en una novela histórica cuando contamos con el dato real, pues aporta mayor verosimilitud); no existían los revólveres en la época de Heredia (p.83), sólo pistolas; el sitio mexicano es Tepeyac (no Tepellac, como dice la novela en varias ocasiones); erratas como «carabela» por «calavera» (p.197); Walter Scott no es «un escritor irlandés» (p. 326), sino escocés. Equivocaciones como «capellanía» (p. 369) por «sacristía». Omisiones que son para lamentar, como la de la estancia de años de Heredia en Tlalpan (San Agustín de las Cuevas, antigua capital del Estado de México, antes que la actual Toluca) y el empeño que allí pone en llevar adelante el importante proyecto de la revista *Miscelánea*. Son minucias, quizás, pero que pueden afectar el rigor necesario en una novela como esta.

La novela toca también otro espinoso asunto, el tan debatido del famoso *Espejo de paciencia* del canario Silvestre de Balboa y Troya, que muchos especialistas han supuesto se trata de un pastiche literario, una superchería poética creada por el grupo de Domingo Delmonte. Es muy probable que así sea, aunque en este punto las opiniones aún se encuentran muy divididas y se requiere una búsqueda documental que arroje nuevas luces sobre el tema. Pero lo cierto es que puedo anunciar desde ahora que dentro de poco ya no se requerirá acudir al dichoso *Espejo de paciencia* como ese famoso «inicio de la literatura cubana» porque acaba de aparecer, preparada por el distinguido profesor y querido amigo de la Universidad de Granada Ángel Esteban Porras del Campo, editada por Pío Serrano para la matritense editorial Verbum, una voluminosa *Antología de la poesía cubana* en cuatro tomos, con más de dos mil páginas, que incluye el hallazgo de otro muy admirado y querido colega, el profesor Pedro Correa, malagueño de buena cepa, quien encontró en la Biblioteca Nacional de España en Madrid el poema «La Florida» del padre Escobedo, anterior en varios años al *Espejo...* y que, curiosísimamente, enfila una descripción frutal que recuerda mucho a la que se atribuye a Balboa. Es muy probable que haya sido la fuente de los *fabricantes* del controvertido poema épico dedicado al obispo fray Juan de las Cabezas Altamirano. Este descubrimiento significa, en pocas palabras, un suceso verdaderamente histórico para las letras cubanas.

La *invención de la literatura cubana* es un empeño desde antigua fecha: en esa intención se aúnan el falso «Areíto de Anacaona» (1852)²⁶ y la apócrifa crónica atribuida a Hernando de la Parra (1845)²⁷ y aún del famoso «Son de

²⁶ Fue publicado «con letra y música» por Henry R. Schollcraft en su *Information respecting the history, condition and prospects of the Indian tribes of the United States* (Filadelfia, 1851-1860, 6 vols.), aunque su atribución corresponde a Hamilton W. Pierson, que la conoció de William S. Simons, y quien tuvo la honestidad de confesar su incompetencia para juzgar el punto. Duró poco esta propuesta, desmentida por Emile Nau apenas dos años después (*Les caciques de l'Île de Haïti*, París, 1854).

²⁷ Incluida por su al parecer inventor, Joaquín José García en el *Protocolo de antigüedades, literatura, agricultura, industria, comercio, etcétera*. La propuesta fue desmontada en su momento por Manuel Pérez Beato y José Juan Arrom. Vid. Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura cubana*. La Habana, Edición Revolucionaria, 1967. pp. 26 *et pass*.

la Ma Teodora» y *Los buenos en el cielo y los malos en el suelo* incluidos en dicha crónica. Se trata de una sostenida vocación insular, inventarse un pasado que compita con otras regiones del mundo virreinal hispanoamericano, como México y Perú. «Triste, demasiado triste, resultaba saber que estábamos naciendo a algo tan sagrado como la literatura sobre una mentira», dice el Heredia de la novela²⁸. Y la literatura no es el único territorio de las falsedades en la isla.

A la postre y aún en el más conservador y cauto plano de lectura, esta novela de Padura se ubica como un testimonio más dentro de una generación (o varias, las comprendidas por el laboratorio «revolucionario») agotada de las utopías (decía Berdiaev que «lo peor de algunas utopías es que pueden hacerse realidad») y frustrada hasta los tuétanos, destrozada en sus legítimas aspiraciones y abocada a un desenlace aún no visible pero ciertamente apocalíptico a juzgar por los designios de quienes detentan el poder en Cuba, asumiendo por imposición unipersonal, alucinada y suicida ese «destino de personajes trágicos que les ha tocado vivir: sin voluntad propia, sin expectativas de futuro discernible, cargados con el fardo de un pasado avasallante, marcado por las frustraciones, las sospechas, las distancias y los resquemores», con «la certeza de que todos ellos han sido personajes contruidos, manipulados en función de un argumento moldeado por designios ajenos, encerrados en los márgenes de un tiempo demasiado preciso y un espacio inmovible, tan parecido a una hoja de papel, le revela la tragicidad irreparable que los atenaza: no han sido más que marionetas guiadas por voluntades superiores, con un destino decretado por la veleidad de los señores del olimpo, que en su magnificencia apenas les han otorgado el consuelo de ciertas alegrías, poemas cruzados y recuerdos todavía salvables»²⁹.

No queda más que coincidir con una cierta rabia con aquel mestizo Miguel Velázquez del siglo XVI cubano: «¡Triste tierra, como tierra tiranizada y de señorío!».

²⁸ p. 409.

²⁹ p. 415.